

Un capítulo del libro

He dicho que los titulados partidos políticos han hecho quiebra en algunos pueblos de América tropical. No podía ser de otro modo. Se ha sacrificado la libertad al exclusivismo, a la intransigencia, a la persona de los caudillos, al sectarismo, a las oligarquías. «Donde la libertad, no acompañada por un vivo sentimiento de solidaridad humana, es la norma suprema, el egoísmo será siempre la sombra inevitable del cuadro». Esas palabras de José Enrique Rodó, mentalidad de las más sobresalientes de América, expresan todo mi pensamiento. La juventud de mi país, ajena a esos exclusivismos a esas intransigencias, ha querido reaccionar contra el egoísmo de las sectas filosóficas que han llevado allí el rótulo de partidos políticos. Ese generoso intento no ha sido afortunado. No podrá serlo mientras los aspirantes a reformadores carezcan de aquella condición que, al decir del pensador uruguayo, es indispensable para inflamar el fuego del pensamiento con que se forjan las revoluciones morales. Cuando la juventud universitaria de Caracas se irguió indignada contra la dictadura de Guzmán Blanco y dió forma a su protesta derribando las estatuas del caudillo, pudo pensarse que una era de dignidad y de cultura alboreaba en la patria del infortunado precursor de la independencia americana. No fué así, sin embargo. Venezuela estaba predestinada a pasar por la prueba de un despotismo tan humillante y vergonzoso como el de Cipriano Castro. ¿Qué se hicieron durante el oprobioso septenio los reformadores venezolanos que antes habían derribado las estatuas de Guzmán con todo y que éste no pretendió nunca convertir a su patria en un serrallo? A esa juventud y a sus conductores les faltó el fuego del sentimiento con que se forjan las revoluciones morales. Tal fué el caso de Colombia cuando en 1909 la juventud universitaria y sus conductores iniciaron la era llamada *republicana*.

Es que para ser reformador no basta escribir artículos de periódico, hacer derroche de recursos oratorios en la plaza pública. Visto está, y ya lo he anotado antes, que artículos y discursos sirven de escabel a los más avisados para sobresalir, para *épater les bur-*

geois y escalar los más altos puestos. Mas quienes de esta suerte se imponen nada reforman. Precisa que «el reformador empiece por transformar en sí mismo la idea en sentimiento: que se apasione y exalte por su idea, con la precaución que arrostra las persecuciones y el martirio; y además, que demuestre la constancia de este amor *por medio de sus actos*, haciendo de su vida la imagen animada, el arquetipo viviente, de su palabra y su doctrina. El verdadero «inventor» de una idea en el mundo es, pues, el que primero la transforma en sentimiento propio y la realiza en su conducta. Pero aun no son suficientes esas dos condiciones para que la iniciativa del apóstol alcance la virtualidad que la convierte en substancia de los hechos históricos: ya que puede el apóstol apasionarse por su idea, y rendirle la vida en holocausto, y haberla hecho carne en su conducta, y a pesar de ello no dejar en torno de su nombre más que silencio y soledad; sino que la «palabra» y los «actos» del reformador «han de tener la virtud comunicativa», el «irresistible poder de sugestión», el don simpático que solemos llamar «prestigio» y que hace que, dejando de ser aquellos actos una excepción individual, se difundan por la imitación y el ejemplo: de donde concluiremos definitivamente que el verdadero inventor de una idea, con relación al mundo moral, «es el que la transforma en sentimiento, la realiza en conducta y la propaga en ejemplo»... Concretaremos de manera más simple y breve lo que va expresado, si decimos que lo que importa en el origen de las revoluciones morales es, ante todo, la personalidad real y viva del reformador: «su personalidad» y no, abstractamente, su doctrina ⁽¹⁾».

La cita que precede es de suma importancia. Deben meditarla ciertos pseudo-reformadores de América tropical para quienes las opiniones del autor tienen indiscutible autoridad, no obstante que casi pudiera afirmarse que no las han comprendido. No se han dado cuenta de lo que ese apostolado reclama de ellos; de ahí su fracaso. Sienten la

(1) Rodó.—*Liberalismo y Jacobinismo*.